



MI ABUELA VLADIMIRA ERA TREMENDA

Mi abuela Vladimira era tremenda: vivía sola en una casa situada en lo alto de un cerro, en las afueras del pueblo. Casi siempre estaba haciendo cosas raras, cosas que no hacían otras abuelas. Como equilibrista, era capaz de sostener durante mucho tiempo el palo de la escoba sobre la punta de la nariz. O hacía el pino ante la fachada de su casa. Y, claro, al hacer el pino, los faldones caían sobre su

cabeza dejando al descubierto las interioridades.

—Abuela, que se te ve todo —le decíamos los nietos escandalizados.

—Si se ve, que se vea —decía ella, sin que le importara.

Otras veces saltaba de manera incansable a la comba mientras cantaba canciones que la ayudaban a marcar el ritmo.

—¿Qué haces, abuela?

—Hay que estar en forma —decía—, cuando dejas de estar en forma, se te atrofia la cabeza.

También se batía en duelo con una espada de madera ante un contrincante imaginario al que siempre hacía retroceder diciendo:

—Ríndete, cobarde.

Todo lo había aprendido de niña y las cosas que se aprenden de niña no deben



olvidarse, decía. Lo cierto es que, a pesar de sus rarezas, la abuela era una gran equilibrista.

Una vez fue a protestar al Ayuntamiento. No quería que los empleados municipales pusieran número a la casa del cerro donde vivía.

—Cada casa tiene que estar clasificada para poder distinguirla de las otras casas —le decían los empleados.

—La mía es la Casa del Cerro. ¡Y es la única!

—En todo caso, nosotros somos unos simples empleados que cumplimos órdenes —dijeron ellos.

—¡Unos simples empleados!

—Hable con el alcalde si no quiere que le pongan número.

Y la abuela fue al Ayuntamiento a hablar con el alcalde que tenía el despacho

en el primer piso. Al llegar a la puerta subió las escaleras haciendo el pino. Un tramo de catorce escalones. Menudo revuelo se armó. El alguacil avisó al alcalde, que salió de su despacho y vio cómo ascendía los últimos peldaños con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo. Menos mal que en aquella ocasión la abuela se había puesto los viejos pantalones del abuelo y no enseñaba nada.

—Pero, señora, no sea loca, que se puede romper la crisma. Póngase de pie —le dijo el alcalde.

Cuando la abuela llegó al descansillo del primer piso se puso de pie.

—De mi salud me cuido yo. He subido haciendo el pino para protestar. No quiero que pongan número a mi casa. Una casa con número es una casa clasificada como esos animales que llevan al matadero. Pido

un respeto porque mi casa es una casa de artistas, es decir, una casa especial.

Finalmente, el alcalde tomó en consideración la protesta de la abuela y les dijo a los empleados que pusieran «Casa del Circo de las Arañas, sin número». Al fin, era la única que había en el cerro y así era como la conocía la gente. El propio alcalde recordaba que, siendo niño, había asistido a una representación circense que le había dejado un gratísimo recuerdo.

Además de hacer cosas raras, la abuela echaba de comer a sus tres gallinas brincas rebrincas. O se daba una vuelta por los caminos del pueblo en la moto con sidecar con la que había recorrido medio mundo al lado del abuelo. Y, además, guisaba muy bien. Recuerdo, sobre todo, sus croquetas y sus rosquillas. Ya sé que lo de guisar bien es propio de muchísimas abuelas.